

## LA DINASTIA DE LOS VANLOO.



CARLOS VANLOO.

Entre las familias en que el culto á las artes parece haber sido un patrimonio hereditario trasmitido con la sangre, hay

SEGUNDA SERIE.—1862.

pocas que puedan rivalizar con la de los Vanloó. Otros han marcado una huella mas profunda y mas luminosa en la historia artística. Ninguna tal vez ha gozado de una boga mas tiempo continuada ni le ha suministrado mas nombre

AÑO XX. 13



No parece sino que el pincel era el primer juguete que colocaban los Vanloó en la cuna de sus hijos.

Su familia es originaria de Holanda y no es fácil desembrollar su larga genealogía. Juan nació en Esclusa en 1585, pintó escenas de jugadores y bebedores, asunto á que eran muy aficionados sus compatriotas. Su hijo Jacob, nació en la misma ciudad en 1614, se distinguió sobre todo en los retratos. Se había hecho ya célebre en su país cuando pasó á Francia en 1660 y adquirió en ella carta de naturaleza. Tres años después entró en la Academia de pinturas. Su hijo Luis, natural de Amsterdam, pero educado en Francia á donde había ido antes que su padre, fué un habil pintor al fresco. Iba á ser admitido en la Academia, que le había adjudicado ya el primer premio de su arte, cuando un ruidoso desafío que tuvo le obligó á retirarse á Niza, donde murió en 1713, dejando dos hijos que son los mas famosos de la raza. El mayor, Juan Bautista, nacido en 1684, era ya un hombre formal cuando perdió á su padre, pero Carlos, que solo había nacido en 1705, no era todavía mas que un niño á quien su hermano Juan Bautista sirvió á la vez de padre y de maestro. Llamado á Italia por el duque de Saboya, llevó consigo al niño, primero á Turin, luego á Roma, donde después de haber comenzado su educación lo hizo entrar en los talleres de algunos artistas célebres. Hasta el año de 1719, no volvieron los dos á París, donde encontraron en el príncipe de Carignan un Mecenas tan benévolo como ilustrado.

Juan Bautista fué un artista listo y fecundo, que trabajó en todos los géneros restaurando los cuadros de los viejos maestros, pintando techos, cuadros de iglesias, cuadros de historia, escenas mitológicas y al pastel. La pérdida de su fortuna á consecuencia de la bancarota de Law le hizo consagrarse especialmente á hacer retratos, género mas lucrativo y en el que adquirió una gran nombradía. Murió por decirlo así con el pincel en la mano después de una larga enfermedad de consunción. Juan Bautista Vanloó, era de la Academia; su toque es vivo y espiritual y había heredado de su abuelo Jacob la brillantez del colorido. Sus tres hijos, Francisco, que murió de una caída de un caballo á la edad apenas de veinte y dos años; Carlos-Amadeo-Felipe, de la Academia, y primer pintor de el rey de Prusia después; por último Luis Miguel, que fué primer pintor del rey de España, se mostraron dignos de llevar este glorioso apellido.

El carácter fogoso y la juventud disipada de Carlos perjudicaron desde luego á sus progresos en la pintura. En vano Juan Bautista, hombre formal y sosegado se asoció á sus trabajos para amortiguar aquel fuego desordenado de la adolescencia. Carlos se separó de él para pintarajar decoraciones de ópera, después se puso á dibujar con cuatro toques de lapiz retratitos muy en boga entonces, y que le permitían ganar mas pronto que hubiera podido hacerlo en obras grandes y serias, el dinero necesario para sus placeres y diversiones. Afortunadamente tenía una maravillosa facilidad, una aptitud y una flexibilidad artística que le salvaron.

Un nuevo viaje que emprendió á Italia en 1727, le permitió completar sus estudios y le valió los mas distinguidos favores de las cortes de Roma y de Turin. Ejecutó sobre todo para el rey de Cerdeña una serie de composiciones que pueden ponerse en paralelo con las obras maestras de los mejores pintores italianos de la época. En Italia fué donde se casó con la encantadora señorita Sommis, muger de talento y música consumada, que después de su vuelta á París, fué el

alma de la casa del pintor, haciendo de ella el centro de una especie de academia familiar donde concurrían los artistas y los aficionados. Carlos fué sucesivamente recibido en la Academia, nombrado profesor, llamado con instancias por el rey de Prusia para ir á su corte; después fué director de la Escuela Real de alumnos protegidos, caballero de la orden de San Miguel, rector, y por último director de la Academia. En 1762, obtuvo la plaza de primer pintor con una gran pension, y al presentarse al rey para darle gracias por su nombramiento de primer pintor.

—No me deis gracias, le dijo el rey: lo érais hacia muchísimo tiempo.

Sus contemporáneos hallaban en sus cuadros el colorido de Rubens y de Ticiano, el pincel del Corregio, el dibujo de Rafael, y un día que se presentaba por primera vez después de una enfermedad en el teatro de la Comedia francesa, se levantaron todos los espectadores y le aplaudieron. ¡Féiz hombre! ¡cómo no había de creer en su genio!

Tantos honores á pesar de su exageración no estaban fuera de su lugar como hoy se cree. Para apreciar bien á Carlos Vanloó, es menester trasladarse á su época. Entre los pintores del siglo XVIII es seguramente uno de los mejores, y uno de los que han permanecido mas fieles al buen gusto y á la tradición. Hizo una reacción contra el amaneramiento de la pintura de entonces. Son admirables sus cuadros de *Eneas salvando á su padre Anquises, del matrimonio de la Virgen, el retrato de Maria Leczinska, reina de Francia, Apolo desollando á Marsyas*, y otros muchos cuadros que se admiran en el Museo de Versalles.

Carlos Vanloó, era, en cuanto á la instrucción un ignorante de primer orden, en cuanto al talento, un buen holandés, bastante pesado. Madame de Pompadour, la querida de Luis XV decía que era tan bestia que daba miedo. Diderot el filósofo, que también lo quería mucho, lo trataba simplemente de bruto, halagándole. Apenas sabía leer y escribir. Era pintor y nada mas que pintor. Desde que amanecía marchaba á su taller, siempre de pie, manejando el pincel con una especie de frio y obstinado furor, cubriendo rápidamente el lienzo que algunas veces rompía de un puntapie cuando se impacientaba ó no le salía bien una cosa. Carlos Vanloó era duro hasta con él mismo, por mucho tiempo que hubiese gastado en una obra, si no quedaba contento de ella la destruía sin compasión. Tampoco se desdenaba de apelar á los consejos de sus discípulos, que tenían cuidado en semejante caso de ponerse á cierta respetuosa distancia, porque el maestro solía á veces pagar rudamente las observaciones demasiado sinceras, salvo el seguirlas después.

¿Que ha faltado á Carlos Vanloó para ser un gran hombre? Otra época y otra vida. El grande, tal vez el único dolor de su vida, la muerte de su hija, elevó su talento y le dió un estilo á que jamás había llegado. En uno de sus cuadros de Versalles está representado pintando á su hija en medio de su familia reñida y es una de sus mas bellas obras.

Jóven murió aquella hija adorada del pintor: era de esas criaturas delicadas, cuya belleza parece pertenecer á otro mundo y cuya sonrisa misma se asemeja á esos rayos del sol medio cubiertos por una nube que no caen sino un momento sobre la tierra, para mejor escitar el pesar de su pérdida. Pasaba su tiempo en leer y en meditar, con gran disgusto de su padre á quien no gustaba ni comprendía la meditación ni la lectura. Un día, mas pálida y mas triste to-



davía que de ordinario, bajó al taller de su padre, y no viéndole en él, se sentó en su sillón cogió un lápiz y se puso á dibujar maquinalmente en el lienzo preparado. Su padre la habia seguido, se acercó de puntillas detrás de ella y miró. Retrocedió aterrado al ver la figura que acababa de trazar. Era la muerte, y la muerte con sus propios rasgos indicados vagamente, pero bien faciles de reconocer al ojo de un padre.

—Nina, la dijo, ocultando sus lágrimas con una esforzada risa, no es por ahí por donde se comienza, voy á darte una leccion.

Se sentó en su lugar, tomó el color rojo sanguíneo, y en algunos minutos quedó transformado el horrendo rostro: la boca sonrió, las mejillas se coloraron de carmin, flotaron los cabellos, tomaron una forma redonda los contornos y ya no era la muerte, sino el amor.

—¡Y bien! Mira ahora, dijo el pobre pintor.

—No, respondió la hija doblando la cabeza.

Y como se pusiese mas pálida, Carlos la cogió en sus brazos y la llevó á la alcoba de su madre, mientras la joven gritaba como loca:

—¡La muerte! ¡La muerte!!

Sé apoderó de ella el delirio y murió algunos días mas tarde.

El padre no se recobró jamás de aquel golpe, y su carácter, hasta entonces tan alegre y tan indiferente á todo, llevó eternamente el luto de aquella cruel muerte.

Carlos Vanloó habia nacido en 1705, una bomba del mariscal de Berwick durante el sitio de Niza en 1706 habia reducido á cenizas su cuna de donde por la mas grande y feliz casualidad acababa de sacarle su hermano. Un golpe de sangre lo arrebató del mundo á la edad de sesenta años, y puede decirse que con él bajó al sepulcro la dinastía de los Vanloó.

Los que les sobrevivieron fueron sus sucesores pero no sus herederos.

## BEATRIZ DE CLEVES.

### LEYENDA CABALLERESCA.

#### I.

##### EL PEREGRINO.

Es una época memorable y fecunda en maravillosos sucesos el fin del siglo XI: parecía que Dios mismo habia dado una nueva impresion mas cristiana al espíritu guerrero de aquellos tiempos. En efecto, un movimiento extraordinario agitaba entonces los espíritus: la Europa entera se hallaba en pie: los pueblos arrastrados por un repentino entusiasmo, se habian levantado como un solo hombre: los poderosos varones desplegaban sus banderas; los siervos corrían apresurados al grito de guerra de los nobles señores: una formidable lucha amenazaba al mundo.

¿Cuál era el móvil que levantaba las masas con tanto poder?

Una voz desconocida hasta entonces, pero llena de elocuencia y de entusiasmo, se habia dejado de repente oír y

habia obrado aquel prodigio. Era la voz de un sacerdote virtuoso, de la diócesis de Amiens, Pedro, llamado el Ermitaño á causa de su vida solitaria.

Habia hecho pasar á todas las almas, sin recurso humano con solo el poder de su fé y de su celo, la generosa pasion que abrasaba la suya.

Arrastrado por su ardiente piedad, el ermitaño habia atravesado los mares, habia ido á la antigua tierra de Judea á visitar el sepulcro de Cristo. Al aspecto tristísimo de Jerusalén, á la vista de las horrendas desgracias que pesaban sobre aquella comarca, en otro tiempo objeto de tanta veneracion y de amor, amargo llanto se habia agolpado á sus ojos, una santa indignacion se habia apoderado de su grande alma. Desde aquel momento habia formado la resolucion de libertar á sus hermanos de Oriente y devolver al Santo Sepulcro el esplendor que le habia robado la dominacion otomana. Un sueño misterioso le habia confirmado en su generoso designio, lleno de celo y de caridad, Pedro habia obedecido. Un navío le habia rápidamente trasportado de Palestina á Italia. Cartas suplicantes dirigidas á la caballeresca Europa, le habian sido entregadas por el patriarca de Jerusalén, el virtuoso Simeon.

Llegado á Roma, Pedro confesó al soberano pontífice su designio. Urbano II, gefe entonces de la Iglesia, habia aprobado plenamente aquel noble pensamiento que correspondía al que él mismo hacia mucho tiempo habia concebido; la libertad del sepulcro de Cristo, y habia bendecido al ardiente peregrino. Abrasado éste como un hierro ardiente, se habia precipitado en su nueva carrera; habia parado muy poco tiempo en Roma y atravesado los campos rápido como el rayo.

Pronto su voz se habia hecho oír: la Europa habia escuchado estremecida. Pintaba los cristianos de Oriente agobiados por la mas cruel servidumbre; fatigados de trabajos, perseguidos de exacciones, tratados cual viles esclavos. Despues, los niños obligados violentamente á renunciar al bautismo ó á ser cruelmente degollados; al templo del Señor hecho la morada de Satanás y el Santo Sepulcro transformado en establo, los lugares consagrados por los martirios de Cristo, cambiados en sitios de desolacion y proscripcion. Los sacerdotes y los levitas, las madres y las vírgenes cristianas ultrajadas y entregadas despues á una muerte vergonzosa.

Además la voz del pontífice romano, digno hijo de la nacion francesa, esa voz que jamás habla en vano, la voz de Urbano II, habia resonado.

—Perdon en nombre de Dios para todos los cristianos que tomen las armas y vayan á librar el Santo Sepulcro del Redentor! para ellos la gloria de la tierra y la felicidad eterna en el cielo!

Los pueblos se habian levantado como un solo hombre, la indignacion se habia apoderado de todas las almas y de todos los pechos se habia escapado este grito que produjo prodigios:

—¡Dios lo quiere! Dios lo quiere!

Todos habian querido tomar parte en la santa conquista, todos contribuir á la obra inmensa, cada cual segun sus facultades, príncipes, condes, barones, siervos, niños, mugeres, ancianos, se habian alistado; un pedazo de tela encarnada en forma de una cruz sobre el pecho ó sobre el hombro derecho era la señal de reunion. De aquí les vino el nombre de cru-



zados. La Europa iba á invadir el Asia para vengar los ultrajes hechos á la cruz.

Después los nobles caballeros se habían reunido y habían decidido la guerra, empero faltaba el jefe. Por unánime consentimiento habían nombrado al piadoso y valiente Godofredo de Buillon, duque de Lorena. La partida había sido fijada para primeros de noviembre del año de gracia de 1096.

Tal era la causa del extraordinario y general movimiento que agitaba la Europa á fines del siglo XI.

## II.

ROBERTO DE CLEVES.

En aquel tiempo vivía en el antiguo castillo de Cleves, situado no lejos de las orillas del Rhin, un noble y religioso señor conocido en toda la Alemania por su valor y sus altos hechos de armas, y mas todavía por su irreprochable virtud. Jamás su formidable espada se había alzado para defender la violencia ó la iniquidad: fiel á la sangre que había recibido de sus abuelos, había combatido siempre por la justicia, había sido el pie del cojo, el ojo del ciego, el escudo del débil: así la Alemania entera repetía con admiración su nombre. Este digno caballero era Roberto de Cleves y se había casado con la hermana de Godofredo de Buillon que acabamos de ver nombrado jefe supremo del ejército de los cruzados. Empero una muerte prematura había roto de repente aquella unión: la virtuosa esposa había volado á los cielos dejando al desconsolado príncipe como prenda de amor, de recuerdo y de consuelo, una hija única que entraba apenas en la vida y que había recibido el nombre de Beatriz.

Después de este funesto suceso había parecido cambiado Roberto: había renunciado sus hábitos guerreros y sus costumbres de hombre de armas, se había encerrado en su castillo, rodeando con su amor y sus cuidados á su hija, viva imagen de la esposa querida que le aguardaba en el seno de Dios. Si había vuelto alguna vez á tomar las armas no había sido sino en circunstancias muy imperiosas para un valiente caballero, procurando vivir en el reposo. No vivía sino por Beatriz.

Empero, cuando la poderosa voz del ermitaño removió la Europa, cuando conoció los ultrajes con que un pueblo impío cubría el sepulcro de Cristo, su ardiente fe se indignó, sintió hervir todo el ardor de sus primeros años, se reanimó su pecho y dejó escapar este terrible grito:

—Yo tambien soy cristiano y yo tambien quiero combatir, y si es preciso dar mi sangre por el que me ha rescatado con la suya. ¡Mis armas!... ¡La guerra!... ¡Dios lo quiere! Dios lo quiere!

Y de su boca habían pasado estas últimas palabras á su noble bandera y ellas debían de ser su divisa. En vano Godofredo que había sabido su generosa resolución, se había esforzado, por piadoso que fuese, á separarle de ella: No había respondido sino por su grito de guerra:—Dios lo quiere.

En vano Beatriz, que tocaba entonces en sus catorce años, se había arrojado llena de lágrimas á las rodillas del príncipe.

—¡Mi muy amado padre! ¿desechareis mi súplica?

—¿Qué quieres, hija mía?

—¡Cómo! no me entendeis, padre mio! Estoy resuelta á condenarme en lo sucesivo á las lágrimas, al dolor y á la ansiedad de que se verá agitado el corazón de vuestra pobre hija que tanto habeis cuidado y tanto amais, cuando piense en los peligros que os amenazan, en las fatigas que os agobiarán en una edad que ya no es la de la juventud. Tal vez el hambre le acose dura y tristemente: tal vez la sed le devore, tal vez una flecha enemiga hace correr su sangre. ¡Oh! ¡Padre mio! ¡Padre mio!

—Hija mia, ¿no es Dios el árbitro de nuestra suerte? ¿Dios no protege á los suyos? y cuando yo estoy bajo su protección, ¿puedes temer todavía por mis días? Además, ¿no ha dado el Señor sus vidas por nosotros?

—¡Dios mio!... ¿quereis abandonar, padre amado, á vuestra única hija, á mí, que os amo con tanto ardor, á mí, cuyo único apoyo sois sobre la tierra?

—Hija mia, tienes otro padre que está en los cielos: ¿no vela constantemente por sus hijos? Y cuando yo voy á combatir, tal vez á morir, añadió con una voz conmovida, por su gloria y su nombre ¿conoces que no te abandonará?

—Pero yo no estaré menos aislada, permaneceré sola en este castillo, rodeada de peligros, entregada á mi debilidad... ¡Oh! ¡si al menos tuviese todavía á mi madre!...

Los sollozos sofocaron su voz.

Estremecióse el príncipe; brilló una lágrima en su pupila; pero su fe acudió en su auxilio y se reanimó.

—Vuestra madre vela sobre vos desde lo alto de los cielos y pide continuamente por vos al Señor; confiad en ella. Además todo lo he previsto, os he escogido un defensor, un hombre de corazón noble y de invencible brazo que os protegerá hasta mi vuelta. Dadle vuestra confianza, es preciso que yo marche, Dios lo quiere, hija mia, ¡Dios lo quiere!

Y el animoso caballero, aunque había llegado á la edad en que la armadura le era pesada, se había revestido su coraza de acero y ceñido su fiel espada aguardando con impaciencia la llegada de Godofredo, que habiendo sabido la inutilidad de sus observaciones y súplicas, debía recogerle al pasar, porque el camino de los cruzados había sido designado por la Alemania y Hungría. El héroe no se separaba de su camino yendo á Cleves.

Además quería abrazar por última vez tambien á aquella niña, hija de su hermana querida, y que no había vuelto á ver hacia tantos años.

## III.

GODOFREDO DE BUILLON.

El impaciente ardor de Roberto quedó pronto satisfecho: hacía el fin del mes de agosto del año 1096, el futuro rey de Jerusalem, Godofredo de Buillon, llegó al castillo de Cleves. Había dejado su ejército, fuerte de diez mil hombres de á caballo y setenta mil infantes, bajo el mando provisional de sus dos hermanos Eustaquio y Balduino, á los que había agregado el joven conde Rodolfo de Alost, valiente guerrero y su amigo.

Al abrazar á su sobrina sintió un sentimiento mezclado á la vez de dolor y de una especie de orgullo. Hacía seis años que no la había visto, y Beatriz, durante este tiempo, se había hecho una linda y hermosa joven. Godofredo quedó admirado de su belleza, pues tanta era que se la citaba



por todas partes, y en lo sucesivo fué tan maravillosa, que mucho tiempo despues, para espresar una muger completa, se decia: bella como la princesa Beatriz. Pero lo que realzaba mas sus encantos y sus gracias, era el divino reflejo de bondad, de virtud, de virginal candor, impreso sobre su rostro en el que se manifestaba tambien la nobleza y pureza de su alma.

Godofredo quedó conmovido; una emocion de alegría inundó su corazon: reconocia en su sobrina el fiel retrato de su querida hermana. Pero al mismo tiempo le agitaron tristes presentimientos: comprendió cuántos peligros amenazaban bien pronto á la jóven, dejada sola y sin apoyo. Intentó hacer nuevos esfuerzos con su cuñado para separarle de su proyecto: todo fué inútil. El príncipe habia tomado sus medidas para seguir á Oriente al duque de Lorena. Un escudero llamado Gerardo, guerrero famoso por su prodigiosa fuerza é indomable ánimo, y que poseia toda la confianza de su señor, confianza por otra parte justamente adquirida por una decision que jamás habia desmentido, habia sido elegido para proteger á la jóven princesa, y habia recibido todos los poderes de un tutor. Godofredo se vió obligado á ceder; pero antes de marcharse quiso dejar un recuerdo á Beatriz, ó mas bien ponerla bajo una proteccion mas grande que la de Gerardo. Sinceramente piadoso y lleno de confianza en la Madre de Dios, dió á su sobrina un rosario que Pedro el Ermitaño habia traído de Palestina: lo habia tocado al Sagrado Sepulcro del Salvador, y habia sido bendecido por el reverendo padre guardian del Santo Sepulcro.

—Tomad esta joya, querida sobrina, será para vos tanto mas preciosa, cuanto que encierra propiedades maravillosas. Si os amenaza algun peligro, recitad con él vuestras oraciones con fervoroso y religioso corazon, y en cualquier lugar que yo me halle, separado por los mares, las llanuras ó los montes, oiré el sonido de la campanilla que veis atada á él, y acudiré en vuestro socorro yo ó cualquiera otro guerrero enviado por mí. Tened confianza y orad.

Recibió Beatriz con reconocimiento el milagroso rosario cuya virtud sobrenatural únicamente conocian Godofredo, su padre y ella, y despues pidió permiso al príncipe para levantar una capilla bajo la invocacion de la Virgen Madre, donde custodiar dignamente aquel tesoro.

Algunos dias despues el príncipe Roberto y el duque Godofredo marcharon: fué el 3 de setiembre de 1096, como lo denotaba una inscripcion grabada, dicen, por la mano de Godofredo mismo, sobre la puerta del castillo de Cleves.

Beatriz abrazó, hecha un mar de llanto, á su querido padre y á su noble y virtuoso tío: siniestros pensamientos hacian palpar su corazon. Confiada piadosamente en la palabra de Godofredo y en el precioso don que la habia hecho, se separó con menos amargura de los dos únicos protectores que hasta entonces habia conocido sobre la tierra, y se colocó bajo la poderosa égida del Salvador de los hombres y de la Virgen Santísima.

#### IV.

##### LOS CRUZADOS.

El ejército cristiano que Godofredo de Buillon habia reunido prontamente, y cuyo mando supremo habia toma-

do, atravesó tranquilo y sin resistencia la Alemania y la Hungría, y llegó á las fronteras del imperio griego. Pasó por delante de Constantinopla, donde el emperador Alejo le recibió con el disimulo de un alma falsa y la perfidia de un corazon celoso. Despues de haber descansado algun tiempo en la noble ciudad de Constantinopla, entró en la Bitinia, y dirigióse sobre Nicea, importante ciudad entonces, en poder de Celim, nieto de Seldgionk, el fundador del imperio de los turcos, y despues de entrar en Natolia, ó Asia menor.

Dos ejércitos de cruzados, ó mas bien una multitud confusa é indisciplinada habia precedido á Godofredo y sus guerreros: era el ejército de Pedro el Ermitaño, que de elocuente predicador habia creído poder convertirse en hábil general, y el del valiente Gualtero, hombre lleno de talento en la ciencia militar, pero que á causa de su pobreza reconocida no habia podido hacer respetar su autoridad por aquellos de quienes era gefe nominal, y que no poseian de manera alguna la obediencia y disciplina del soldado. Asi aquellos dos grandes ejércitos de mas de doscientos mil hombres, habian perecido miserablemente. Los huesos de aquellos desgraciados esparcidos sobre el camino, marcaban con fúnebres caracteres el camino á los cristianos de Godofredo.

Llegaron por fin delante de Nicea y la pusieron inmediatamente sitio.

Allí un primer desastre, incierto augurio de tantos otros, vino á traspasar el corazon de Beatriz. En el tercer asalto cayó el príncipe Roberto de Cleves. Tres meses pasaron sin que la noticia de su muerte, atravesando el espacio, viniese á hacer vestir de luto á la desconsolada y aflijida doncella.

A pesar de su poder y de la resistencia de sus defensores, Nicea no pudo conservarse mucho tiempo. La atacaron los cruzados con tal vigor, de tal modo apresuraron los trabajos del sitio, con tal energía y actividad, que un mes despues se vió obligada á rendirse. Orgullosos con su primer triunfo, continuaron llenos de entusiasmo su camino, marchando hácia el Mediodía. Empero pronto fueron tan grandes sus fatigas, tan crueles sus sufrimientos, que el valor que los animaba se debilitó: á cada ciudad, á cada poblacion que hallaban preguntaban si era Jerusalem, mirándola tambien como un término á sus trabajos. Una plaga mas grande todavía vino á aumentar los dolores que esperimentaban. El calor fué intolerable, y llegó á un grado tan elevado, que en un sólo alto perecieron quinientas personas de sed.

Durante esta larga y penosa marcha, las miradas de los cruzados se volvian con amor hácia el Occidente: las brisas de la tarde y la mañana parecian traerles dolorosos recuerdos. El mismo Godofredo, á pesar de su valor, su entusiasmo y su fe, habia sentido aquellos tristes pensamientos que se aumentaban además desde la funesta muerte del príncipe Roberto. ¿Cómo habia de olvidar á su sobrina querida, tan jóven todavía y tan desgraciada, que no tenia ningun apoyo sobre la tierra? Este cruel pensamiento destrozaba su corazon. Asi habia pensado en buscarla un poderoso y seguro protector en la persona de su amigo el conde Rodolfo de Alost, el que la destinaba como esposo, seguro de que Beatriz no dispondria sin su consentimiento de su mano, y además aprobaria la eleccion que por ella él hiciese. Rodol-



fo era un doncel hermoso, prudente y valiente: él era á quien habia dado el mando provisional del ejército durante el viage que Godofredo hizo á Cleves, como hemos dicho antes. Todos los días el duque de Lorena hablaba al conde de su sobrina, con aquel ardor que dicta un amor sincero y el temor de grandes desgracias. Pronto, por el brillante cuadro que con elocuencia trazaba de la belleza y virtudes de la princesa, se apoderó un afecto puro y profundo del alma del jóven guerrero. Amó á Beatriz sin conocerla todavía, y si alguna vez las preocupaciones de la guerra, los cuidados que lleva consigo el mando, y las palabras de animación que dirigía á los cruzados, no le permitían á Godofredo hablar á Rodolfo de la querida jóven, de quien ya se miraba como esposo, no olvidaba jamás de recordársela.

Después de infinitos sufrimientos, el ejército cristiano llegó delante de Antioquía. El aspecto de aquella rica ciudad, donde reinaba la abundancia, que ofrecía á la miseria un seguro alivio, volvió á los cruzados su ardor y entusiasmo casi extinguidos: comenzó el ataque; pero fueron precisos largos trabajos y muchas fatigas para apoderarse de aquella ciudad tan bien fortificada. Defendida con habilidad y valor, ocho meses resistió, y á pesar del valor de los guerreros cristianos, no cayó en su poder sino por traición. Una grande victoria conseguida sobre el sultán de Alepo, general de los ejércitos del soldán de Egipto, que acudió al socorro de la ciudad vendida, aseguró la conquista. A pocos días se rendía la ciudadela. Habían creído los cristianos hallar un lugar de descanso en Antioquía, donde recuperarse de las largas y crueles fatigas que habían experimentado. Empero, pronto un azote mas terrible que el ejército infiel, sucedió á las dolorosas marchas bajo un sol abrasador, y á la sed devorante, y al peligro inminente de las batallas, fué el hambre: lo largo del sitio habia arruinado á la ciudad, y agotado todos los víveres. Para colmo de desgracias un horrible contagio se declaró, y vino á devorar la mitad del ejército. Fué preciso salir de Antioquía: Jerusalem no era ya solo un objeto; se habia convertido en una necesidad. Después de la corta mansión, los cruzados partieron entonando el magnífico cantar, una de las mas sublimes inspiraciones de David. «El Señor se levanta, y sus enemigos serán dispersados,» y se dirigieron hacia Jerusalem que descubrieron desde las alturas del Emaús, donde llegaron el 7 de julio de 1099. De mas de ochocientos mil cruzados venidos de Europa, apenas quedaban cuarenta mil. Comenzó inmediatamente el sitio y fué mortífero, porque la ciudad estaba valerosamente defendida. Sin embargo, no duró mas que cinco semanas: los cruzados hicieron por fin prodigios de valor, dos asaltos se dieron con éxito: la resistencia era tan vigorosa como el ataque; en fin, después de una pequeña exhortación dirigida á los guerreros por Pedro el Ermitaño, se dió un tercero y último asalto por todos los puntos de la ciudad. Duraba ya tres días, y los cruzados empezaban á desesperar, cuando de repente se notó que Godofredo gritó: «Un caballero cubierto con vestidos blancos y resplandeciente de luz, ha bajado del cielo sobre el monte de las Olivas y vuela á nuestro socorro.» A aquellas palabras y á la vista de la aparición, reanímase el valor, vuelve á comenzar el combate, y pronto, delante de los demás, aparecen de pie sobre las murallas dos guerreros: eran el mismo Godofredo y su valiente amigo Rodolfo de Alost; empero casi en el mismo instante cayó uno de los

dos caballeros: era el futuro esposo de Beatriz, el jóven y desgraciado conde. Así Beatriz quedaba viuda aun antes de haber conocido al noble esposo que sabia la habia destinado su tío.

Godofredo de Buillon fué nombrado rey de Jerusalem, pero él tambien debia morir pronto, llevando consigo el último apoyo de la princesa. A la vuelta de la expedición gloriosa contra el sultán de Damasco, el emir de Cesarea vino á su encuentro y le presentó una manzana de cedro, que comió. Cuatro días después, el 18 de julio del año de gracia 1100, espiraba, á los once meses de reinado y cuatro años de ausencia de su patria.

Su sepulcro fué colocado al lado del conde Rodolfo, según habia manifestado él mismo en su última voluntad.

## V.

### EL LIBERTADOR.

Estas lúgubres noticias, salvando sucesivamente la extensión de la distancia, venían á llenar de dolor y de consternación á la Europa, que en otro tiempo habia dado un prolongado grito de alegría, al saber el triunfo de sus guerreros. Nadie lloró con lágrimas mas amargas que la desgraciada Beatriz: ella habia perdido su padre, su futuro esposo y su tío. Sin duda que la pérdida de Roberto era la menos sensible para su corazón; en efecto, no le habia conocido aunque ya le amara como su esposo; pero la muerte de Godofredo habia reanimado mas vivamente en su alma el recuerdo de la del príncipe Roberto: la desgraciada doncella era dos veces huérfana. Vefase además sola, aislada, sin apoyo, amenazada tal vez de crueles desgracias que la anunciaban funestos presentimientos. ¡Ay! no se habia equivocado.

Apenas habian pasado cinco años desde la marcha de los cruzados al Oriente. Durante este tiempo, Beatriz habia crecido en belleza: la sobrina del rey de Jerusalem era entonces una graciosa, gentil y apuesta doncella de diez y nueve años, y era imposible verla sin sentirse arrastrado por el amor. El escudero Gerardo, á cuya lealtad el príncipe de Cleves habia confiado la guarda y defensa de su hija querida, no habia podido resistir á la impresión profunda que producía en todos cuantos la veían; un culpable amor habia perturbado su corazón hasta entonces lleno de abnegación y respeto. Habia creído la princesa notarlo, empero tenia entera confianza en aquel hombre que la elección de su padre venerado la habia dado por su defensor, y su inocente candor no la dejaba sospechar ni temer de la fidelidad de Gerardo.

Mientras ella tuvo un apoyo, el escudero tutor habia encerrado en su alma el secreto de la funesta pasión; pero cuando Godofredo desapareció del número de los vivientes, cuando la vió enteramente sola, y exclusivamente colocada bajo su imperio, rompió su hipócrita silencio y osó demandarla su mano. Decir cuál fué el asombro de Beatriz y la noble indignación con que la digna heredera de los castellanos de Cleves rechazó aquella audaz demanda, nos parece una cosa inútil; pero Gerardo habia tomado su determinación y respondió sin conmoverse, ni por el desprecio, ni por las lágrimas, ni por las súplicas de la princesa, con ese tono de suprema arrogancia que da el sentimiento de la fuerza.



—Os doy un año y un día para llevar vuestros vestidos de luto y llorar á vuestro padre, á vuestro prometido esposo y á vuestro tío, concluido este plazo, os preparareis á recibirme por esposo.

Se marchó dejando á la princesa anonadada, y al mismo tiempo puso guardias y tomó todas las precauciones necesarias para evitar toda evasión de su pobre cautiva, teniendo en una verdadera prision á la hija de su bienhechor.

Beatriz se abandonó desde luego á un amargo dolor, aumentado todavía por el conocimiento de su impotencia. Puso sus ojos y su confianza en Dios; se acordó que en las regiones celestes el huérfano tiene un padre y la inocencia su vengador. Todos los días iba á la capilla donde había hecho colocar el precioso don de Godofredo, y allí derramaba lágrimas amargas. Si el vencedor de Jerusalem hubiese vivido no hubiese tenido ningún temor, porque su corazón se hallaba lleno de confianza, y Godofredo la había dicho:—Si una desgracia os amenaza, rezad con el rosario que os doy, y en cualquier lugar que yo esté en este mundo, separado de vos por los mares, los llanos y los montes, acudiré en vuestro socorro yo ó un noble guerrero enviado por mí.—Pero ¡ay! la muerte había arrebatado á Godofredo, y la campanilla del rosario en vano se agitaba y sonaba; no se atrevía á esperar que el sonido milagroso la trajese un libertador.

Pasaron así los días, pasaron los meses; y pasó el año; nada cambió durante este tiempo la triste situación de Beatriz. Gerardo no había olvidado ni un instante su activa vigilancia.

Por último llegó el día fatal. Era el último del plazo fijado por el infiel escudero convertido en cruel carcelero. El cielo se hallaba sereno, el sol brillaba con sus rayos mas puros. Despues de haber terminado sus oraciones, Beatriz, mas desconsolada que nunca, se había colocado en el balcón de la torre donde habitaba, y la mirada llena de lágrimas se fijaba en el lugar donde se había separado de Roberto y Godofredo al partir para la Tierra Santa. En aquel lugar ordinariamente desierto, creyó distinguir un punto movédizo, ¿y cosa estrana? por una de las ideas repentinas que nacen en las almas de los aflijidos, ó mas bien tal vez por uno de esos rayos interiores que deja Dios caer á veces en nuestro seno para iluminarnos, creyó que aquel punto se agitaba por ella, sin que le fuese posible darse cuenta cómo podía tener una esperanza en aquello. Aquel punto imperceptible primero, no tardó en tomar una forma, y como se acercaba con rapidez, Beatriz divisó al través de sus lágrimas una barca conducida por un cisne, y montada por un caballero que se hallaba de pié en la proa, con el rostro vuelto hácia ella, mientras que en la popa relinchaba un caballo cubierto de arneses de guerra. Cadenas de oro sujetaban al cisne; el caballero venia armado de todas piezas, escepto su casco y su escudo colocados á su lado; de modo que pronto la fué fácil reconocer un noble y arrogante guerrero de edad de veinte y ocho años, con el rostro tostado por el sol ardiente de Oriente, y de una cabellera rubia y flotante. Pocos instantes despues no la quedó duda de que la barca se dirigia hácia el castillo, porque inmediatamente que llegó enfrente, el cisne tomó tierra; el caballero se lanzó de la barca, se puso su casco, sacó su caballo y montó en él; despues con una señal de la mano echó al pájaro dócil, marchó derecho al castillo, mientras que la barca

tomaba, volviendo á subir el rio, el camino que había traído al bajar.

El pensamiento de Beatriz iba á realizarse, le había llegado su libertador. Llegado enfrente de la puerta principal, el desconocido sacó su cuerno de marfil, tocó tres veces en él, y despues con una voz fuerte y resonante dijo:

—Yo, antiguo caballero de noble raza, á tí, Gerardo, llamado castellano de Cleves.

En nombre de las leyes divinas y humanas, en nombre de los derechos mas santos, mandamos que renuncies al instante mismo á tu audaz pretension sobre la mano de la alta y poderosa Beatriz, princesa de Cleves, que con mengua de su nacimiento y de tus juramentos retienes prisionera. Mandamos igualmente que salgas hoy mismo de este castillo donde has estado como criado, y donde no te avergüenzas de atreverte á mandar como señor. Sin lo cual te desafiamos á muerte, con lanza ó espada, con hacha y puñal, como traidor y desleal, lo que probaremos inmediatamente con la ayuda de nuestra señora gloriosísima y poderosa Virgen del monte Carmelo, y su divino Hijo Jesus, defensor de los oprimidos y vengador del perjurio. En fé de lo cual te arrojamos este guante. Y en el mismo instante arrancó su guante de la mano y le arrojó á tierra. Vióse entonces brillar en uno de sus dedos un diamante de inmensa riqueza, el que en lo sucesivo conservaron religiosamente los príncipes de Cleves como la mas preciosa de sus joyas.

El enérgico é insultante desafío del desconocido, inflamó de cólera á Gerardo. Por toda respuesta, hizo abrir las puertas del castillo, salió su page, recogió el guante, y tras de él se presentó el castellano armado de todas piezas y montado sobre su mejor caballo de batalla. Ni una palabra se pronunció entre los combatientes; los dos calaron la visera, tomaron el campo que juzgaron necesario, enristraron las lanzas y se precipitaron con impetuosidad el uno sobre el otro.

Hemos dicho que Gerardo era valiente y famoso por su fuerza prodigiosa, llevaba un escudo reputado impenetrable; su coraza era obra del mas hábil obrero de la comarca; su lanza, templada en la sangre hirviendo de un toro que acababan de degollar, atravesaba toda resistencia. Sin embargo, se quebró cual si fuese de cana al primer choque, y la lanza del desconocido atravesó con el mismo golpe el escudo, la coraza y el corazón de Gerardo, que cayó muerto sin pronunciar una palabra.

El caballero vencedor levantó la cabeza y vió á Beatriz arrodillada dando gracias á Dios.

(Se concluirá.)

## GRITOS DE LOS PERROS.

Los perros en el estado de naturaleza no ladran jamás, únicamente lanzan acentos lastimosos, grunen, ahullan, pero los que ladran son siempre los que están en el estado doméstico.

Cuenta Sonnini, que los perros del ganado que se encuentran en los desiertos del Egipto, no poseen esta última facultad; y Cristóbal Colon dice, que los perros que había



llevado á América habian cesado de ladrar cuando los volvió á ver en su segundo viage al Nuevo Mundo.

Los antiguos no ignoraban esta curiosa particularidad. El rey David compara el ruido de sus enemigos á los ladridos de los perros errantes alrededor de la ciudad. El ladrido es una facultad adquirida, un esfuerzo para hablar que proviene de la asociacion de los perros con el hombre. Aquel animal manifiesta los diversos sentimientos que experimenta por diferentes tonos de voz: el perro de pastor se hace comprender y obedecer de su ganado sin necesidad de recurrir á la violencia. Estos tonos son tan distintos, que no se sabe si espresan la cólera ó el miedo. Un caballo comprende en los chillidos de un perro si corre peligro de que le muerdan los corbejones. No se puede dudar que hoy en Europa los perros ladran mas, y se baten menos y muerden que en otro tiempo. Muy curioso sería, seguramente, analizar el lenguaje de estos animales que no es menos raro que variado.

Por otra parte, es evidente que comprenden la fuerza de las entonaciones y la significacion de un gran número de palabras. Es indudable tambien que conocen entre mil la voz de sus amos. Cualquiera de nuestros lectores podrá hacer observaciones muy curiosas, y ver que si delante de los perros se habla de pegarlos, al momento lo conocen y toman el portante.

## EUSTAQUIO DE SAINT-PIERRE

Y SUS CINCO COMPAÑEROS.

Episodio de la historia de Francia, tomado de una crónica del siglo XIV (de Froissart).

(Conclusion.)

### III.

El cielo seguía encapotado, y el sol cubierto de espesos nubarrones de color negro y plumizo, que infundían pavor y tristeza.

Soplaba fuertemente el aquilon, y la lluvia caía con una fuerza y constancia terribles; ruido mezclado con sus silbidos, produciendo ese terrible lenguaje de la naturaleza que á nada se parece mas que á sí misma, y que nadie tampoco puede imitar.

Esta desarmonía es tan grande, sublime y magestuosa, como la armonía mas delicada de las grutas, como el acompasado mugir del mar en calma, como los ecos del harpa y la voz del bardo de las montañas entonando un himno guerrero en loor de Fingal ó de Osian en inspirados *barditos*; como los delicados sonidos de la modesta y vibrante cítara del Norte, unidos á las voces angelicales de cien doncellas, que nos reproducen acaso las melodías de Píndaro y Safo en estos tiempos, y que probablemente nos embellecen Schubert, Dóller ó Bethoveen con sus *nocturnos*, *sueños* y *fantasías*.

El rey estaba esperando con algunas muestras de impa-

ciencia, cuando le avisaron que el caballero Mauny volvía con los calaisenses en la forma que él había prevenido.

Echóse fuera de la tienda, siguiéndole todos los caballeros que allí había y hasta la reina, que segun la crónica cuenta, se hallaba en cinta y en meses mayores.

La reina era aproximadamente de la edad del rey, es decir, que tenía treinta y dos años y aquel tenía treinta y cinco.

Ella era natural de Bretaña, y de pura y hermosa raza bretona; alta, rubia, de ojos dulces y melancólicos, azules como el záfiro mas hermoso, de dulce y espresiva sonrisa, vagando con frecuencia en su pequeña boca, que era la desesperacion de sus dientes, porque apenas se veían, tan blancos como perlas é iguales como si hubiesen sido hechos por la mano del hombre.

Era de natural bondadoso y tierna de corazón, y amante apasionada de su esposo, de quien era en extremo correspondida.

La reina se hallaba desde el principio muy interesada en este negocio de los desgraciados de Calais, y por esto había agradecido mucho al trovador Bertrand el que increpase á su régio esposo en la forma ruda que lo había hecho, reservándose ella acabar de inclinar favorablemente el ánimo de Eduardo, si bien conocía lo muy irritado que la tenacidad de la defensa de los sitiados tenía su corazón.

Al ver, pues, que el rey se abalanzaba fuera de la tienda, y leyendo todavía en su semblante la indignacion, precursora de algun rasgo de crueldad; llamó en su ayuda á Bertrand de Kent, que adivinando su deseo, se halló al punto á su lado.

—Trovador: exclamó la reina con dulzura, buen Bertrand, ya que leísteis antes en mis ojos mi súplica ardiente de que intercedieses indirectamente con el rey en favor de aquellos desgraciados de Calais, y ya que vuestro inspirado canto no fué bastante á libertarles de todo castigo, sino á concretarlo á esos seis vecinos que vienen ahí á ofrecerse en holocausto.....

—Os entiendo, señora, contestó Bertrand, inclinando su cabeza descubierta de antemano, y descuidada.....

—Concluid, amigo Kent, vuestra obra, y si vos no sois bastante, entonces intercederá la reina.....

—¡Sois un ángel, senora!

—Si, me echaré si es menester á las plantas del rey, é imploraré su perdón.....

—Senora, reparad que el rey nos observa.

El diálogo que fué dicho rápidamente y en voz baja, terminó aquí.

Al columbrar Gautiero de Mauny al rey entre aquel peloton de gente, en donde brillaban tantas armaduras, y sobre las cuales ondeaban gallardamente infinitas plumas de todos colores, y lucían los bordados y flecos de oro sobre tan elegantes colobios, dalmáticas y sobrevestas de caballeros, escuderos, pages y heraldos, con los blasones de la casa de Plantagenet y de la reina al pecho; al distinguir entre aquellos mantos negros y blancos de caballeros, que ostentaban al pecho y en ellos su cruz roja, al magnífico señor de tanto ilustre campeón y vasallo, se adelantó unos pasos de los prisioneros de guerra que conducía, y haciendo una profunda reverencia:

—Señor, dijo con visible acento de dolor y de la manera mas respetuosa posible, aquí están los seis vecinos de Calais